

Transiciones de género y transiciones étnicas en los procesos migratorios de Oaxaca a California

María Dolores París Pombo*

Este artículo estudia los cambios en las relaciones de género y en la identidad étnica durante los procesos migratorios y el asentamiento de los indígenas oaxaqueños en California. Mientras que muchas investigaciones sobre la migración de mujeres mexicanas a Estados Unidos aseguran que la adopción de ciertos valores culturales estadounidenses permite disminuir la inequidad en las relaciones de género, la autora establece que los cambios provocados por la migración, vistos desde la perspectiva de la cohesión cultural y de las redes de parentesco, pueden provocar también un aumento de los conflictos de género y un recrudescimiento del control sobre las mujeres.

Hasta hace veinte años, eran relativamente escasos los estudios sobre la emigración de mujeres mexicanas a Estados Unidos. Sin embargo, con el reconocimiento de que las migraciones femeninas tienen una dinámica propia que no depende únicamente –como se llegó a considerar– de la reunificación familiar, esta área de estudios fue abriéndose paso y en la actualidad disponemos de un cúmulo de investigaciones sobre la relación entre el género y los flujos de población de México hacia el norte,¹ el papel específico de las mujeres en las redes de migración y en los nue-

* Profesora-Investigadora. Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

¹ Los estudios de Lourdes Arizpe sobre la migración interna en México son pioneros en ese sentido. Véase en particular Lourdes Arizpe y Josefina Aranda, "The comparative Advantages of Women's Disadvantages: Women Workers in the Strawberry Export Agribusiness in Mexico", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 7, 1981; Barrera Bassols y Oehmichen Bazán (eds.) *Migración y relaciones de género en México*, GIMTRAP, UNAM/IIA, 2000, México; Katharine Donato,

vos lugares de asentamiento. La mayoría de los estudios indican que el género circunscribe de manera importante las opciones de los individuos y las decisiones que se toman en torno a la migración. Así, los hombres suelen gozar de mayor movilidad, emigran hacia un mayor número de lugares de destino, tienen muchas más oportunidades laborales y es más corta la circularidad de la migración (cruzan con mayor frecuencia la frontera); se dice también que ellos son los que suelen tomar la decisión de emigrar. Por su lado, la migración de las mujeres suele estar determinada (y limitada) por su rol y por las responsabilidades que le son asignadas en la unidad doméstica, por las divisiones de género en la producción y reproducción.

Es claro que la movilidad espacial y la reconstrucción de las relaciones de género en los lugares de asentamiento implican un conjunto de transformaciones en los roles, valores y simbología. Muchas autoras (algunos autores) tienden a señalar el aumento de oportunidades de desarrollo personal, independencia y movilidad social entre las mujeres mexicanas que residen en Estados Unidos, debido a su inserción en el mercado laboral, a la adopción de nuevas pautas culturales a partir de la influencia de la cultura estadounidense y a un debilitamiento de las formas de control dentro de la unidad doméstica o de la comunidad. En cambio, suele señalarse que los varones mexicanos resienten más las restricciones de movimiento, de reunión y de diversión en los lugares públicos: la sistemática represión contra el consumo de alcohol en la calle, la ausencia de espacios de encuentro como la plaza pública y el kiosco, etcétera. Para muchos campesinos mexicanos, la transformación en jornaleros agrícolas, peones de albañilería o trabajadores de servicios implica la imposición de jerarquías y de una disciplina que afecta los sentimientos de dignidad y de hombría.²

En este artículo, expongo algunos cambios culturales ocurridos durante el proceso migratorio de los indígenas triquis, originarios de la Mixteca oaxaqueña, y en su asentamiento en el Valle de Salinas, ubicado en la costa central de California.³ Retomo para

"Current Trends and Patterns of Female Migration: Evidence from Mexico", *International Migration Review* 27 (4): 748-71, 1993; Luin Goldrin, "Gendered Memory: Reconstructions of Rurality Among Mexican Transnational Migrants", Melanie DuPuis y Peter Vandergest (eds.), *Creating the Countryside: The Politics of Rural and Environmental Discourse*, Filadelfia: Temple University Press, pp. 303-329; Soledad González, Olivia Ruiz, Laura Velasco y Ofelia Woo (comps.), *Mujeres, migración y maquila en la frontera norte*, El Colegio de la Frontera Norte, El Colegio de México, México, 1995; Pierrette Hondagneu-Sotelo, *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1994; Victoria A. Lawson, "Hierarchical households and gendered migration in Latin America: feminist extensions to migration research", *Progress in Human Geography* 22, pp. 39-53, 1998; Silvia Pedraza, "Women and Migration: The Social Consequences of Gender", *Annual Review of Sociology*, 17, 1991; Laura Velasco, "Migración, género y etnicidad: mujeres indígenas en la frontera de Baja California", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, vol. LXII, enero-marzo, pp. 145-171, 2000, y muchos estudios más.

² Por ejemplo, el consumo excesivo de alcohol está muy vinculado con la ideología machista en México.

³ Estas reflexiones son producto de mi trabajo de campo en el Valle de Salinas en el periodo de septiembre de 2002 a mayo de 2003. Durante mi estancia en California, hice dos historias de vida con

ello el concepto de *transiciones de género* que utilizó la investigadora Pierrette Hondagneu-Sotelo en un libro importante sobre el papel de las mujeres latinas en el proceso de asentamiento en California.⁴ El objetivo principal es mostrar cómo la identidad étnica y las relaciones de género determinan las características de la migración y a la vez se ven modificadas por la inserción de la comunidad inmigrante en la sociedad local en Estados Unidos.

Evolución histórica de la migración desde la Mixteca oaxaqueña hacia el Noroeste de México y a Estados Unidos. El caso de los triquis

Los pueblos indígenas de la Mixteca (en particular mixtecos oaxaqueños y triquis) empezaron a emigrar hacia el noroeste de México en los sesenta. Al inicio, la migración se dio hacia Sinaloa para trabajar en los campos de jitomate. Posteriormente, con el desarrollo de la horticultura de exportación en Baja California y Sonora, muchos trabajadores agrícolas empezaron a migrar cíclicamente a esos tres estados. Los trabajadores agrícolas llegaban al inicio “enganchados” desde su pueblo de origen en camiones pagados por los contratistas. Debido a que los salarios eran muy bajos, cada vez más miembros de la familia tenían que emigrar y los camiones llevaban a familias completas desde el estado de Oaxaca hacia el noroeste. Así, a fines del siglo pasado, 78 por ciento de la migración hacia Baja California era de tipo familiar, mientras que sólo 18 por ciento de los emigrantes indígenas oaxaqueños a Estados Unidos viajaban con familiares.⁵

¿Por qué los empresarios agrícolas fueron a buscar a trabajadores indígenas de Oaxaca? Ya en los años setenta del siglo pasado, la horticultura de exportación del noroeste estaba en plena expansión y se veía obligada a competir por jornaleros agrícolas con los empleadores de California que ofrecían salarios mucho más altos. Por eso, los contratistas mexicanos buscaron una mano de obra no sólo barata, sino con muy poca experiencia migratoria hacia Estados Unidos. Oaxaca no es un estado “tradicional” de expulsión como lo son Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Zacatecas o Durango.

En poco tiempo, se formaron redes migratorias, basadas en lazos de parentesco, vecindad o paisanaje, que sustituyeron parcialmente al sistema de “enganche”

mujeres triquis, realicé entrevistas a profundidad con 12 mujeres y cuatro varones de esa etnia, así como con distintos miembros de organizaciones e instituciones locales.

⁴ Se trata del libro *Gendered Transitions*, citado en la nota 1.

⁵ Carol Zabin y Sally Hughes, “Economic Integration and Labor Flows: Stage Migration in Farm Labor Markets in Mexico and the United States”, *International Migration Review*, vol. 29, núm. 2, Verano de 1995.

implementado por los contratistas de Sinaloa. Al viajar por su propia cuenta al noroeste, los jornaleros tenían que sufragar sus gastos y los de sus familias. Como los salarios eran bajos, los migrantes empezaron a buscar opciones para prolongar su estancia y contar con mayores oportunidades de ahorro en el noroeste. Así, se formaron “ciclos migratorios”: los jornaleros agrícolas permanecían sólo unos meses en Sinaloa y después viajaban otra temporada a Sonora o a Baja California para regresar después al primer lugar de destino.

Lo propio de las migraciones de jornaleros agrícolas indígenas son entonces las migraciones cíclicas, que implican una gran movilidad del varón soltero, del jefe de familia (hombre o mujer) o de la familia completa, siguiendo el ciclo de las cosechas en los distintos lugares de destino. Para los menores de edad, esto implica la continua interrupción del ciclo escolar. De hecho, en el noroeste de México, una proporción enorme de niños menores de 14 años participan en el trabajo asalariado en los campos. Toda la familia resiente la falta de estabilidad, la cual repercute en problemas de integración familiar y separaciones frecuentes de padres e hijos.

La experiencia migratoria hacia el noroeste de México fue un factor fundamental para la extensión de las redes sociales hacia Estados Unidos: no sólo los migrantes se encontraban más cerca de ese destino –lo cual obviamente abarataba el viaje–, sino que además los contactos en los campos agrícolas de Baja California, la relación con los contratistas, supervisores y otros compañeros de trabajo, abrieron casi siempre la oportunidad de cruzar la frontera.⁶ En el caso de los mixtecos, existía una información previa, pues al menos desde la época del programa bracero (1942-1964), algunos hombres de esa etnia habían ido a trabajar al norte. En los setenta, debido fundamentalmente a la crisis agraria en México, muchos mixtecos y algunos triquis se aventuraron a cruzar la frontera. Los pioneros fueron hombres jóvenes, a veces incluso adolescentes, que cruzaban con el apoyo de excompañeros de trabajo del noroeste de México. Además de buscar opciones reales para ayudar económicamente a sus familias, es indudable que la migración de varones adolescentes tenía –y sigue teniendo– un componente de aventura o incluso de rito de pasaje.

Desde inicios de los ochenta, la migración de varones mixtecos a Estados Unidos se combinó poco a poco con una migración de tipo familiar y comunitario. A partir de 1986, miles de indocumentados en Estados Unidos lograron regularizar su situación migratoria a partir de la ley conocida como IRCA (Acta de Reforma y Control de la Inmigración, por sus siglas en inglés). Muchos mixtecos y zapotecos que se encontraban en empleos inestables o mal pagados lograron entonces moverse hacia mejores trabajos. Fueron en cambio muy pocos los triquis que alcanzaron la legalización. En efecto, a diferencia de otros pueblos indígenas de Oaxaca, la migración triqui a Esta-

⁶ Véase el estudio particularmente sugerente al respecto de Carol Zabin y Sally Hugues, *op. cit.*, pp. 396-422.

dos Unidos es un flujo reciente: la gran mayoría de los indígenas de esa etnia que emigraron al norte lo hicieron durante los últimos diez años y de manera indocumentada. En poco tiempo, sin embargo, han logrado formar amplias redes migratorias que se extienden de Oaxaca al noroeste de México y de ahí al norte de la frontera.

A pesar de las terribles condiciones del “cruce indocumentado” de la frontera, la emigración de mujeres triquis ha aumentado continuamente en los últimos años. Sus causas son:

- La necesidad de aumentar el ingreso familiar por medio de la incorporación laboral de las mujeres, las hijas y los hijos; en este sentido, la reunificación familiar implica un ahorro frente a la necesidad de mantener dos hogares;
- La violencia endémica en la región triqui. Los problemas de límites de tierra y conflictos políticos han provocado el desplazamiento forzado de familias que han perdido sus tierras y sus casas;
- La migración laboral de madres solteras solas o con sus hijos para mantener a su familia.

El cruce de la frontera se realiza casi siempre a través de El Altar, Sonora, y del desierto de Arizona. Al norte de la frontera, la infraestructura migratoria está compuesta por “casas de paso” en una región habitada por la etnia Tohono Odam. El primer tramo de viaje se realiza hacia Tucson o Phoenix, donde paisanos recogen a los migrantes indocumentados. De esta manera, un número importante de indígenas viven en la región agrícola que se encuentra al sur de Tucson, que se ha vuelto una etapa migratoria fundamental.

El cruce por el desierto representa muchos peligros, como lo muestra de forma dramática el aumento de muertes de mexicanos en la franja fronteriza, de manera muy particular en el estado de Arizona.⁷

La mayoría de las mujeres triquis que cruzan la frontera ilegalmente lo hacen con niños pequeños o embarazadas. Esto hace mucho más larga la caminata y más pesada la carga. Aumentan además los peligros de deshidratación y de enfermedades gastrointestinales debido a la ingestión de agua contaminada.

⁷ Al cumplirse nueve años de la llamada “Operación Guardián”, cuyo objetivo específico era aumentar el control sobre las zonas más transitadas de la frontera, por medio de la construcción de muros, el uso de tecnología de punta y el aumento de efectivos en la patrulla fronteriza, son más de 2 500 los migrantes (en su gran mayoría mexicanos, pero también centroamericanos y sudamericanos) que han muerto al tratar de cruzar la frontera hacia Estados Unidos. El mayor número de muertes se da en la región desértica de Arizona debido a deshidratación o hipotermia. Son muchas también las muertes por violencia (asaltos) y accidentes de automóviles.

La ciudad de Tucson constituye un punto de dispersión de los migrantes hacia las grandes regiones agrícolas de California y de Oregon, por un lado, o bien hacia las ciudades de Los Ángeles, Atlanta y Nueva York. En la costa Oeste, los lugares de destino se han multiplicado de tal manera que en la actualidad existe un número importante de migrantes triquis en los estados de Oregon, Washington e incluso en Alaska. En el Valle de Salinas, los inmigrantes triquis trabajan como jornaleros en los campos de verduras: lechuga, brócoli, espárrago, apio, chícharo y alcachofa. También laboran en la cosecha de la uva. La estructura fundamental de la migración es la familia extensa. Los triquis no emigran nunca como individuos, sino que cruzan la frontera en grupos de siete a quince personas, acompañados de un “coyote” que muchas veces es tío, primo o compadre y casi siempre pertenece a la comunidad.

Los migrantes indígenas mixtecos y triquis se concentran en pequeños poblados de las ricas regiones agrícolas en California. Se trata de poblaciones que actualmente son en su enorme mayoría de habla hispana (alrededor de 80%) y con porcentajes cada vez más altos de indígenas. Las condiciones de vida son difíciles debido al alto costo de los servicios y a las condiciones de discriminación hacia los indígenas por parte de los propios inmigrantes (residentes o naturalizados estadounidenses) de origen mexicano.

Condiciones del cruce de la frontera. Redes de migración y relaciones de poder

Para analizar la evolución de las migraciones indígenas a Estados Unidos, ha sido de particular utilidad el concepto de *redes*. En efecto, es indudable que el proceso migratorio adquiere dinámica propia a partir de la constitución de una infraestructura social basada en lazos de parentesco, de vecindad y de paisanaje que permiten la circulación de flujos múltiples⁸ entre las comunidades de origen, las etapas migratorias y los lugares de destino. Las redes se extienden territorialmente a medida que maduran los flujos migratorios. Sus nodos están constituidos por la función de los intermediarios: los “coyotes” (generalmente miembros de la comunidad que conocen el camino mejor que otros migrantes), “raiteros”, intermediarios laborales y culturales, prestamistas, etcétera.

A pesar de su gran utilidad para entender la dinámica migratoria, la teoría de redes presenta, sin embargo, el problema de eludir u ocultar –bajo los conceptos de solidaridad, horizontalidad, lazos consanguíneos, apoyo mutuo, intercambio de favores– las enormes desigualdades que se producen y se reproducen con la consolidación de los vínculos sociales que favorecen la movilidad territorial. En particular, los procesos migratorios deben entenderse como relaciones de poder basadas en diferencias de

⁸ Se trata de flujos de personas, de dinero (remesas), de información y comunicación.

clase, de género, edad, origen comunitario y étnico.⁹ Una vez establecidos en los lugares de destino, las desigualdades entre los inmigrantes son cada vez más patentes.

Al interior mismo de las unidades domésticas, por ejemplo, los individuos se dividen por género y edad, en indocumentados y legales; en aquellos que tienen una larga experiencia migratoria y los recién llegados.¹⁰ El mercado de trabajo se encarga además de crear subestratificaciones bajo distintas modalidades de explotación: etnización o feminización del trabajo,¹¹ intermediación en los sistemas de contratación, complejidad de las jerarquías, modalidades de vigilancia y control de los ritmos laborales, etcétera. Es común que cuadrillas enteras en los campos estén formadas por hombres indígenas indocumentados originarios de Oaxaca, en cambio, las empacadoras emplean casi exclusivamente a mujeres.

En este sentido, podemos considerar que tanto en las redes sociales que permiten el proceso migratorio como en los mercados laborales globalizados, se da una "refuncionalización" de formas de subordinación moral y cultural favorecidas por las estructuras patriarcales y racistas. En efecto, si consideramos el caso particular de la emigración triqui a Estados Unidos (un flujo muy reciente), podemos observar que el "coyote" y el "raitero" (el que transporta a los indígenas al interior de Estados Unidos) son varones triquis de mediana edad que emigraron por primera vez hace más de diez años. En cambio, el mayordomo (capataz en el campo) y el contratista son casi siempre varones mestizos, a veces naturalizados estadounidenses, originarios del occidente de México, que inmigraron en los años setenta del siglo pasado. Algunos utilizan un discurso agresivo, racista y machista para intimidar al trabajador, pagarle menos horas de las que trabajó o despedirlo sin razón. El acoso sexual hacia las trabajadoras agrícolas triquis es frecuente, y muchas veces tiene también connotaciones racistas.

En los pueblos de California a donde se dirigen los nuevos flujos de trabajadores triquis, las redes constituyen una infraestructura social indispensable para conseguir papeles falsos, trabajo, vivienda, acceder a ciertos servicios y obtener información sobre las instituciones y organizaciones locales. Otra función importante de las redes es mantener la intensa comunicación y el permanente intercambio de información entre las comunidades de origen y los distintos puntos de destino. Esta comunica-

⁹ Véase Laura Velasco Ortiz, *El regreso de la comunidad: migración indígena y agentes étnicos. Los mixtecos en la frontera México-Estados Unidos*, El Colegio de México y El Colegio de la Frontera Norte, México, 2002.

¹⁰ Las propias mujeres triquis tienden a considerar como fuente de prestigio el tener hijos nacidos en Estados Unidos, debido al falso rumor de que ello favorece la legalización del estatuto migratorio.

¹¹ Wallerstein señala la tendencia a aumentar las tasas de explotación por medio de una estratificación de los trabajadores basada en su origen étnico y en su sexo: "La etnización de la fuerza de trabajo crea estratos sociales en el mercado de trabajo y permite tener disponible, en función de una base no meritocrática, a sectores importantes para los peores trabajos" (véase Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar, *Race, nation, classe*, La découverte, París, 1988, p. 50).

ción se da por teléfono y correo, pero sobre todo por medio de los recién llegados, de los llamados migrantes “circulares”.

La tasa de masculinidad en las comunidades indígenas inmigrantes es relativamente alta debido a la migración cíclica de muchos varones jóvenes en los meses de abril a octubre de cada año (para las cosechas de verduras, de la fresa y la uva). Durante la temporada de invierno, muchas mujeres que viven en la costa central o en los valles centrales de California se quedan solas a cargo de los niños mientras sus esposos y padres van a buscar trabajo al sur de California o al noroeste de México. Entonces, las redes de parentesco se vuelven efectivos sistemas de vigilancia y observación del comportamiento que ellas guardan en ausencia de sus esposos. Cualquier rumor o información que permita poner en duda el recato, la discreción y sobre todo la fidelidad, puede convertirse en una causa de crisis y violencia intrafamiliar. La comunidad entera se hará cargo también de sancionar conductas consideradas inapropiadas. Las redes constituyen así, al mismo tiempo, una tabla de salvación, un medio de vigilancia de las mujeres en las comunidades migrantes y una vía de reproducción del poder de género.

Cohesión comunitaria, relaciones de género en lugares de origen y destino. Evolución histórica y espacial

La supervivencia de la comunidad triqui en Estados Unidos depende, en gran medida, de la conservación de su identidad étnica, que constituye el cemento principal de las redes migratorias. Así, la vida cotidiana de los triquis en el Valle de Salinas implica la complicada reproducción y transmisión de las costumbres y tradiciones que van reconstituyéndose por fragmentos: las mujeres triquis tratan de elaborar, con los ingredientes que encuentran en los mercados locales, platillos que acostumbraban guisar en Oaxaca; en la fiesta de muertos, los primeros días de noviembre, algunos triquis dedican una esquina del departamento o del cuarto que habitan para poner su altar, con la esperanza de que el espíritu de sus muertos logre retornar a tierras tan lejanas. Como aquí no crece el compasúchil que debería adornar los altares, es sustituido por otras flores amarillas que crecen en los campos. La panadería del centro vende pan de muerto, calaveras de azúcar y pequeños adornos casi equivalentes a los mexicanos, aunque a precios mucho más altos.

Roberta lleva ya diez años viajando con su esposo y sus tres hijos por Arizona, California, Oregon y Washington. Más años aún han transcurrido desde que tuvo que dejar la comunidad de Río Venado para viajar a Baja California. Pero el largo exilio no ha impedido que siga acumulando conocimientos sobre el valor curativo de cada hierba que crece en la región triqui, en los campos del noroeste de México o en California. Con ruegos, favores y buenas relaciones, ha conseguido que los nuevos

inmigrantes o los que regresan a Oaxaca durante el invierno, le traigan diversas hierbas y semillas de su pueblo. A ella acuden muchos familiares y paisanos para que les cure algún dolor persistente, cuando desconfían o desentienden de las prescripciones médicas. Roberta se ha formado criterios propios sobre la sustitución de plantas medicinales cuando resulta imposible repetir la receta original de su pueblo. Siempre hay alguna infusión que demuestra, con el tiempo y la experiencia, el poder de curar el pulso (la presión alta), el miedo, la gripe o la diarrea.

Igual que Roberta, otros triquis de Greenfield siguen desarrollando los poderes tradicionales que adquirieron en sus poblados de origen para quitar o provocar malestar en otras personas, para adivinar o cambiar lo que está por suceder. En particular, los mayores echan las cartas para predecir el futuro, diagnosticar enfermedades o el mal de ojo.

De acuerdo con las costumbres del pueblo triqui, las mujeres tienen poca o nula participación en la vida comunitaria, mucho menos en los espacios institucionales o políticos a escala regional y nacional. El racismo y la cultura patriarcal margina a las mujeres indígenas tanto de las decisiones familiares como de la política. Las normas de comportamiento que les son transmitidas desde su más tierna infancia las sanciona con severidad cuando alzan la voz, se enojan o se rebelan. Como muchas mujeres indígenas, las triquis son oprimidas no sólo por el terrible poder interétnico que pesa sobre su pueblo, sino también por la situación de subordinación y dependencia respecto de los varones de su etnia.

Esa situación de opresión es vivida a veces como un trauma, otras como una causa permanente de frustración o de insatisfacción. De manera general, las mujeres expresan diversos grados de inconformidad frente a ciertas costumbres. Tal vez la expresión más constante de ello tiene que ver con los matrimonios arreglados: las triquis suelen casarse entre los 14 y los 18 años. La boda se da casi siempre (aun en la actualidad) sin el consentimiento de la muchacha. Por ejemplo, cuando le pregunté a María –de 55 años– a qué edad se casó, me contestó que no lo puede recordar, pues era entonces “tan pequeña que todavía no brotaban sus pezones y tan inútil que no sabe porqué la entregó su mamá”.¹²

De acuerdo con la tradición, el hombre que se interesa en una joven suele acudir a su casa para pedir su mano, acompañado de sus padres o de algún familiar. Se da entonces un largo proceso de negociación en tres o cuatro encuentros entre los padres de la muchacha y los familiares del hombre. Finalmente, éstos dan lo que es conocido como la “dote” o “el precio de la novia”, que consta de cervezas, tortillas, pollos o gallinas, dinero y quizás un chivo. Cuenta así Lorena:

¹² Entrevista con María, 12 de marzo de 2003.

Él se pidió a mi papá como yo apenas tengo trece años cuando él llegó. Una no se quiere casar. Nomás llega a pedir la mano y paga dinero y cerveza. Paga chivo y ya se va una. Mi papá no preguntó. Nomás llegó el señor y ya se va una. Nomás da dinero y hace fiesta con todos, tíos, tías, todos... Toma cerveza, come comida, se pone ropa, se pone huipil y así se la lleva.¹³

La costumbre se mantiene y se perpetúa en la migración. Es común que los varones vayan a trabajar al norte cuando son muy jóvenes para ahorrar dinero y poder pagar el precio de la novia. A veces, la familia nuclear completa sale a trabajar al noroeste de México durante una temporada con la meta de casar a uno de los hijos. Por lo general, las mujeres jóvenes se quedan en las comunidades de origen al cuidado de familiares, en espera de que “las vayan a pedir”. Esto explica por qué son muy pocas las muchachas solteras que viven en Estados Unidos.

Después de la boda, la pareja habita durante unos años con los padres del novio. La vida de la joven esposa puede volverse entonces un verdadero calvario: los suegros le suelen imponer todo tipo de tareas en el campo y en el hogar; cuando son jornaleras, llegan a quitarles parte de su salario con el objeto de recuperar lo que tuvieron que gastar en la dote.

Las mujeres triquis tienen muy poco poder tanto en sus hogares como en sus comunidades. Esto explica múltiples formas de abuso a las que son sometidas. Probablemente la forma más patente es la violencia familiar. Ésta es una causa muy frecuente de angustia y depresión entre las mujeres en California. La violencia en el hogar ocurre tanto en las comunidades de origen como en los lugares de destino; sin embargo, puede llegar a agravarse con la experiencia migratoria debido a las fuentes de frustración entre los jornaleros agrícolas indocumentados y al aumento del alcoholismo entre los hombres triquis. El hacinamiento hace aún más agudo el sentimiento de vergüenza, el temor a ser golpeada frente a los demás.

Cuenta Roberta así su experiencia de mujer golpeada cuando vivía en Baja California: “Regresé al campo otra vez y él me iba pegando y pegando. Me pega feo. Un día no iba a trabajar pero me dijo vamos y vamos. Yo no quería trabajar porque ‘ino ves cómo está la niña que está enferma!’, le digo. Me pegó feo pero no fui a trabajar con él. Me quedé. Mejor me voy a dejar pensé porque no aguanto”.¹⁴

La violencia familiar no es un rasgo privativo —una suerte de señal cultural— del pueblo triqui; es un fenómeno muy complejo que afecta a muchas mujeres mexicanas y de otros países. Quiero recalcar, sin embargo, que en la comunidad triqui un factor ligado claramente a ese problema es la enorme desigualdad de género.

¹³ Entrevista con Lorena, Greenfield, 21 de enero de 2003.

¹⁴ Entrevista con Roberta, 12 de enero de 2003.

Algunas autoras señalan que la incorporación laboral de las mujeres en Estados Unidos puede ser una vía de empoderamiento o de mayor autonomía; en cambio, mi impresión es que el trabajo asalariado contribuye a agobiar a las inmigrantes triquis en California con un exceso de responsabilidades y tareas: durante la temporada agrícola, sus jornadas empiezan a las cuatro o cinco de la mañana, cuando se levantan para preparar el desayuno y el almuerzo de los varones, y terminan a altas horas de la noche. Si bien las tareas en el hogar son más ligeras gracias al acceso a ciertos servicios como el agua corriente y las lavanderías, el trabajo en el campo puede durar más de diez horas diarias, incluidos sábados y domingos; además, otras tareas y responsabilidades suelen recaer sobre las mujeres como la relación con los maestros, con las cuidadoras de los niños, la obtención de ayuda alimentaria en las iglesias y organizaciones de beneficencia, etcétera.

El contacto con la comunidad latina en el Valle de Salinas se da por medio de distintas instituciones y organizaciones locales: los hombres triquis se han vinculado con la Unión de Trabajadores Agrícolas (UFW, por sus siglas en inglés). Las mujeres asisten a algunas reuniones organizadas por la Unión, pero no toman la palabra, se mantienen en la parte trasera atendiendo a los niños. Algunas mujeres han establecido vínculos con las representantes de una organización de base llamada *Líderes Campesinas*.¹⁵ En particular, tres mujeres triquis y varias mixtecas participan como voluntarias en esta organización y asisten a talleres sobre derechos de las mujeres, acoso sexual, abuso sexual y violencia doméstica. El incentivo principal para el “reclutamiento” son apoyos económicos que obtienen las participantes y el cuidado de los niños cuando asisten a los talleres y las reuniones. Es difícil evaluar todavía los cambios que pueden estar experimentando las mujeres indígenas al recibir ese tipo de información, aunque indudablemente a futuro podría tener un carácter disruptivo.

Las formas de influencia de la sociedad local sobre la comunidad triqui inmigrante son muchas más: las pláticas informales con compañeros y compañeras de trabajo, los programas de atención “prenatal” en las clínicas locales, talleres sobre derechos laborales impartidos en la UFW, programas de solidaridad de organizaciones no gubernamentales. Así, desde hace tres años una organización llamada *Proyecto de Ciu-*

¹⁵ Líderes Campesinas es una organización de base formada en 1992 por trabajadoras agrícolas, en su gran mayoría latinas, que se integran como miembros o voluntarias de comités locales en varios estados de la Unión Americana. La presencia más importante de Líderes Campesinas se encuentra en California. Su objetivo principal es desarrollar una red de campesinas con aptitudes de liderazgo y capacitarlas para que sean voceras de las necesidades de otras campesinas. La lucha de esta organización se ha desarrollado en múltiples planos: contra la violencia doméstica, el abuso y el asalto sexual, el abuso infantil, el acoso sexual en el trabajo, el uso indiscriminado de pesticidas en los campos; también ha hecho campañas y talleres sobre la salud de la mujer, los derechos laborales y las pautas de nutrición. Desde 1998, Líderes Campesinas tiene también varios comités de jóvenes que reciben igualmente capacitación y entrenamiento y organizan convivencias estatales.

*dadanía*¹⁶ (*Citizenship Project*) ha impulsado también distintas campañas para la repartición de víveres entre los recién llegados y el apoyo político solidario contra la intervención de “la migra” en Greenfield.

Cabe señalar que ciertas formas de intervención tienen efectos contradictorios: si bien a largo plazo modificarán algunos valores y normas comunitarias (como el silencio en torno a la violencia intrafamiliar), a corto plazo pueden provocar un aumento de conflictos en la unidad doméstica y en la comunidad. Por ejemplo, algunas mujeres triquis han denunciado a la policía a sus esposos por violencia doméstica cuando se han sentido en real peligro. Esto ha provocado, en un primer momento, la estigmatización de las mujeres que se atreven a denunciar y un congelamiento de las relaciones con la comunidad, lo cual las afecta muy seriamente desde un punto de vista socio-económico y psicológico. Por otro lado, el simple rumor de que “en el norte, pegar a la mujer te puede llevar a la cárcel”, ha empezado a intimidar y causa cierta preocupación, poniendo sobre la mesa un tema de discusión que antes era ignorado.

Durante mi estancia en California, participé como voluntaria con el Proyecto de Ciudadanía en un programa de organización de las mujeres triquis para la elaboración de artesanías durante el invierno. Con este objetivo, se realizaron varias reuniones de artesanas en la casa de Marta, quien fue la promotora principal del proyecto. El grupo se autodenominó “Las Mujeres del Sur” y nombró a Marta como su coordinadora.

Para participar en este proyecto, las mujeres triquis se enfrentaron a muchos obstáculos; el más importante de todos era sin duda el de los “permisos” que tenían que otorgar los hombres para que ellas pudieran asistir a las reuniones, trabajar en sus artesanías y vender. Sólo las viudas, las madres solteras y las mujeres solas –así fuera durante esos meses– pudieron asumir un compromiso real con el grupo y mantener su participación antes de que empezara la temporada agrícola.

En mis pláticas con las mujeres triquis inmigrantes, no dejaron de sorprenderme sus formas múltiples de resistencia contra la opresión étnica y de género, su deseo evidente de tomar la palabra y el gran sentido del humor con el que se enfrentan día con día a problemas de enorme gravedad. La inseguridad económica y jurídica, los peligros relacionados con el acoso policial y las posibles redadas de la migra, constituyen en sí mismas condiciones que ponen en tensión permanente la vida de las inmigrantes indocumentadas. A ello se añaden, en la mayoría de los hogares, la vigilancia estrecha y las múltiples formas de control por parte de familiares cercanos, como el esposo, cuñados y suegros. Muchas mujeres sufren también situaciones permanentes o eventuales de violencia familiar.

¹⁶ El Proyecto de Ciudadanía de la Costa Central es un espacio organizativo promovido con el apoyo del sindicato de los *Teamsters*, en el condado de Monterey. Desarrolla múltiples proyectos en apoyo a los inmigrantes y en defensa de sus derechos, entre los cuales destacan el programa de legalización y de ciudadanía.

Las frecuentes bromas y la risa fácil de las mujeres triquis en ausencia de los hombres me parecían muchas veces ir más allá del simple desahogo: una forma de resistencia o de respuesta oculta al fuerte dominio masculino.¹⁷ La aparente sumisión o el silencio de las mujeres en su hogar o en el trabajo, son contrarrestados por relatos, cuentos, fantasías y bromas intercambiados cuando se escabullen de la presencia masculina.

Por ejemplo, en una ocasión tuve una conversación sorprendente con Agustina, una mujer viuda de cuarenta y cinco años que vive actualmente en Greenfield con sus hijos adultos, nueras y nietos. En 2002, los hijos de Agustina trataron de casarla con un hombre triqui ya mayor que reside seis meses al año en California. Este hombre tiene esposa e hijos en Oaxaca, pero quería ser atendido por una mujer durante las largas temporadas que trabaja en el norte; consideró entonces que Agustina era un “buen partido”. Para evitar ser “entregada en matrimonio” por sus propios hijos, Agustina huyó de su casa y fue a refugiarse con unos familiares. Al relatarme su historia, empezó a mostrar un coraje abierto contra sus hijos, el cual expresó por medio de chistes de corte sexual, haciendo alusión a la impotencia de sus hijos como causa de que quisieran “meter a otro hombre en la casa”.¹⁸

El relato y las bromas de Agustina manifestaban una transformación progresiva de las relaciones de género que probablemente sería impensable en Oaxaca. En este sentido, me parecería equivocado un análisis que tendiera a victimizar a las mujeres indígenas, a verlas como objeto pasivo de la opresión y la explotación. Agustina, por ejemplo, no se ajusta al papel de víctima. Desde mi punto de vista, los recursos de poder y las formas de resistencia de las mujeres son múltiples y pueden aumentar con la experiencia migratoria. Por otro lado, la ubicación de cada mujer dentro de la comunidad triqui inmigrante varía en función del momento en su ciclo de vida, el número y la edad de sus hijos, su situación económica, los vínculos de parentesco con líderes, “coyotes” o intermediarios. Así, el rol desempeñado por las “suegras” en ausencia de sus hijos varones son fuente de prestigio y les otorga un poder considerable sobre los nietos y la nuera; las viudas llegan a tener mucha libertad de movimiento; las mujeres solteras nacidas en Baja California pueden casarse a mayor edad y, a menudo, la boda se celebra con su consentimiento.

Como resultado de esa transformación de los roles, de las ideas y de las expectativas de las mujeres, se han formado liderazgos femeninos, basados en la mediación cultural. Esta es la situación de Marta, una mujer triqui que emigró a Greenfield en 1999 y que vivió durante largas temporadas en el noroeste de México. La ubicación

¹⁷ Podría hablarse incluso, en términos de James Scott, de un “discurso oculto” (*hidden transcript*), es decir, conductas, ideas y fantasías manifestadas “fuera de escena”, lejos de la vista de aquellos que detentan el poder.

¹⁸ Entrevista con Agustina (traducción de Marta) el 7 de enero de 2003.

de Marta en la comunidad triqui inmigrante es contradictoria: por un lado, sufre con frecuencia el rechazo por parte de sus "paisanos" que la consideran un mal ejemplo para "sus mujeres" debido a que es madre soltera, ha huido de su esposo y ha denunciado a un hombre por violencia doméstica. Paradójicamente, su marginalidad le brinda posibilidades de sobresalir en una comunidad mucho más amplia (en los movimientos y organizaciones de latinos, por los derechos de los inmigrantes y en los movimientos de las mujeres). La expresión abierta del coraje, el inconformismo y la rebeldía femenina es rechazada en ciertos espacios familiares, étnicos o comunitarios, mientras que en otros contextos sociales es una fuente de carisma. Por ejemplo, resultó con buena acogida en toda la comunidad un programa de radio en donde Marta denunció el maltrato que dan algunos mayordomos a los jornaleros indígenas en los campos. La capacidad de "hablar bien en público" es admirada por muchos miembros de la comunidad.

Conclusiones

Debido a que la migración de los triquis al Valle de Salinas es un flujo muy reciente, apenas se empiezan a resentir cambios culturales que afectarán sin duda la organización interna de la comunidad y las relaciones de género. Sin embargo, es evidente que la inserción de los migrantes triquis en la sociedad californiana (principalmente con los latinos) ha provocado un aumento de conflictos en los hogares. Una causa frecuente de malestar es el debilitamiento de las formas de control y vigilancia sobre las mujeres que pone en duda constantemente su "probidad" y su "fidelidad".

La transmisión de valores y normas que ponen en cuestión la subordinación femenina y la violencia doméstica puede convertirse en elemento disruptivo y en causa de disputas; provoca inseguridad y molestia entre los varones triquis. Para contrarrestar esa influencia externa considerada como "nociva", tienden a reforzar las redes comunitarias y de parentesco para cohesionar la comunidad.

Es frecuente también una carga de trabajo excesiva sobre las mujeres migrantes, jornaleras agrícolas. En esas condiciones, las posibilidades de participar en espacios colectivos son extremadamente reducidas sobre todo durante la temporada agrícola.

En los lugares de asentamiento de los inmigrantes triquis, algunos hombres y mujeres sobresalen por su capacidad para adaptarse al nuevo entorno, relacionarse con los contratistas y otros empleadores, con las instituciones educativas, de salud, las iglesias, los sindicatos y las organizaciones no gubernamentales. Estos individuos carecen de la legitimidad proporcionada por las costumbres en una comunidad que valora la tradición y el patriarcado como recursos de poder. Es probable que en sus comunidades de

origen serían excluidos, expulsados; pero en el exilio, poseen recursos muy valiosos que la comunidad no puede desechar.

Bibliografía

- Arizpe, Lourdes y Josefina Aranda (1981). "The Comparative Advantages of Women's Disadvantages: Women Workers in the Strawberry Export Agribusiness in Mexico", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 7.
- Balibar, Etienne y Immanuel Wallerstein (1988). *Race, nation, classe*, París, La découverte.
- Barrera Bassols Daniel y Cristina Oehmichen Bazán (eds.) (2000). *Migración y relaciones de género en México*, México, Gimtrap, UNAM/IIA.
- Besserer, Federico (1988). "Nna Chca Ndavi. Internacionalización de la fuerza de trabajo y conciencia de clase en la comunidad mixteca migrante de San Juan Mixtepec, análisis de la historia de vida de Moisés Cruz", tesis de licenciatura en Antropología Social, UAM-Iztapalapa.
- (2000). "Sentimientos (in)apropiados de las mujeres migrantes. Hacia una nueva ciudadanía", en Danial Barrera Bassols y Cristina Oehmich Bazán (coords.), *Migración y relaciones de género en México*, México, Gimtrap, UNAM/IIA.
- Castañeda, Carol (1999). "The Power of Status in Transnational Social Fields", en Michael Peter Smith y Luis Eduardo Guarnizo (eds.), *Transnationalism From Below*, New Brunswick, Transaction Publishers, pp. 165-195.
- Castañeda, Xóchitl y Patricia Zavella (2003). "Changing Constructions of Sexuality and Risk: Migrant Mexican Women Farmworkers in California", *Journal of Latin American Anthropology* 8 (2).
- D'Aubeterre Buznego, María Eugenia (2000). "Mujeres indígenas campesinas y violencia sexual: un estudio de caso en la Sierra Norte de Puebla", en Stern, C. y C.J. Echarri (coords.), *Salud reproductiva y sociedad. Resultados de investigación*, México, El Colegio de México.
- Donato, Katharine (1993). "Current Trends and Patterns of Female Migration: Evidence from Mexico", *International Migration Review* 27 (4), pp. 748-771.
- Goldring, Luin (1996). "Gendered Memory: Reconstructions of Rurality Among Mexican Transnational Migrants", en Melanie DuPuis y Peter Vandergest (eds.), *Creating the Countryside: The Politics of Rural and Environmental Discourse*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 303-329.
- González, Soledad, Olivia Ruiz, Laura Velasco y Olfelia Woo (comps.) (1995). *Mujeres, migración y maquila en la frontera norte*, México, El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de México.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette (1994). *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

- Hondagneu-Sotelo, Pierrette y Ernestine Avila (1997). "'I'm here, but I'm there.' The meanings of Latina transnational motherhood", *Gender and Society*, vol. 11, núm. 5, octubre, pp. 548-571.
- Johnston, Paul (2003). "Transnational Citizenries: Reflections from the Field in California", *Citizenship Studies*, vol. 7, núm. 2, Carfax Publishing, pp. 199-217.
- Kearney, Michael (1995). "The Effects of Transnational Culture, Economy, and Migration on Mixtec Identity in Oaxaca", en Michael Peter Smith y Joe R. Feagin (eds.), *The Bubbling Cauldron: Race, Ethnicity, and the Urban Crisis*, Minneapolis, University of Minneapolis Press, pp. 226-242.
- Krissman, Fred (2002). "Apples and Oranges?: recruiting indigenous Mexicans to divide farm labor markets in the western U.S.", trabajo presentado en la conferencia "Indigenous Mexican Migrants in the US: Building Bridges between Researchers and Community Leaders", 11-12 de octubre, UCSC.
- Lawson, Victoria A. (1998). "Hierarchical households and gendered migration in Latin America: feminist extensions to migration research", *Progress in Human Geography*, 22, pp. 39-53.
- Miller Matthei, Linda (1999). "Gender and International Labor Migration: A Networks Approach", en Susanne Jonas y Suzie Dod Thomas (eds.), *Immigration. A Civil Rights Issue for the Americas*, Delaware, Scholarly Resources Inc. Imprint.
- Morokvasic, Mirjana (1984). "Birds of Passage are also Women", *International Migration Review*, vol. 18, núm. 4, Invierno, pp. 886-907.
- Nagengast, Carole y Michael Kearney (1990). "Mixtec Ethnicity: Social Identity, Political Consciousness, and Political Activism", *Latin American Research Review*, vol. 25, núm. 2, pp. 61-91.
- Pedraza, Silvia (1991). "Women and Migration: The Social Consequences of Gender", *Annual Review of Sociology*, 17, pp. 303-325.
- Scott, James C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era.
- Stephen, Lynn (2001). "Globalization, The State, and the Creation of Flexible Indigenous Workers: Mixtec Farmworkers in Oregon", *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development* 30 (2-3), pp. 189-214.
- Velasco, Laura (2000). "Migración, género y etnicidad: mujeres indígenas en la frontera de Baja California", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXII, núm. 1, enero-marzo, pp. 145-171.
- (2002). *El regreso de la comunidad: migración indígena y agentes étnicos. Los mixtecos en la frontera México-Estados Unidos*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Zabin, Carol y Sally Hughes (1995). "Economic Integration and Labor Flows: Stage Migration in Farm Labor Markets in Mexico and the United States", *International Migration Review*, vol. 29, núm. 2, Verano.